

LAS DANKWORTH II

---

# PORTIA

NADA ES LO QUE PARECE

---

SABRINA MERCADO

*Cartas ocultas, un amor prohibido y secretos inconfesables  
sugieren que, a veces, lo que vemos puede no ser la  
realidad que todos dan por cierta.*

Portia llega a Oxford con una ilusión secreta: convertirse en escritora. Mientras tanto, trabajará en la Biblioteca Bodleiana, un increíble sueño transformado en realidad. Pero las cosas no resultan como esperaba y el mundo parece enmarañarse a su alrededor. Se ve involucrada en una mentira de la que no puede salir y eso pondrá en jaque su propia felicidad.

Es posible que el amor, al que se negaba abiertamente en un principio, se le escape de las manos por deber asumir las consecuencias de sus decisiones. ¿Saldrá indemne de sus determinaciones? ¿Acallará a su corazón en pos del bienestar ajeno?

Cuando en la vida de Portia nada es lo que parece, su entorno conspira para que, de una forma u otra, las cosas se encarrilen..., aunque habrá que ver si ella lo permite.

## Índice de contenido

Cubierta

Portia. Nada es lo que parece

Dedicatoria

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Capítulo 42

Capítulo 43

Capítulo 44

Capítulo 45

Capítulo 46

Capítulo 47

Capítulo 48

Capítulo 49

Capítulo 50

Epílogo

Agradecimientos

Sobre la autora

*«La cabeza podrá dictar leyes contra la pasión,  
pero el ardor puede más que la frialdad de una  
sentencia».*

*El mercader de Venecia, William Shakespeare*

## Prólogo

Su hermana mayor se había ido unos meses atrás y la celebración navideña sin Beatrice no había sido lo mismo. Ya no era igual desde que su padre falleciera y la añoranza la pinchaba como mil agujas pequeñas. Recordar a la familia completa alrededor de la gran mesa, saboreando las delicias que Beatrice preparaba, le oprimió el pecho. Pero las razones para irse de la casa materna se mostraban valederas y era tiempo de que ella también partiera.

Aunque dejar el pueblo, a su madre y sus hermanas menores para poder ayudarlas económicamente era la prioridad, el empleo que tomaría y la ciudad a la que se dirigía también le servirían de empuje para cumplir el sueño de transformarse en escritora. Inventar historias y trasladarlas al papel se había vuelto una adicción que pugnaba por ganarle a la lectura, y si bien no estaba segura de ser buena en ello, al menos la hacía feliz y no lo cambiaría por nada.

Portia Dankworth no quería decepcionar a los suyos, pero sabía bien que el matrimonio y los hijos no combinaban con ese deseo irrefrenable que sentía por las letras. Una utopía que no sabía cómo conseguiría; muy pocas mujeres lo lograban precisamente por el hecho de tener que dedicarle el tiempo al cuidado de una familia. Pero eso era lo que el corazón le dictaba y lucharía por hacerlo realidad.

Se aproximaba el momento de dejar su hogar. La invadía cierta nostalgia mezclada con una sensación de libertad

que le llenaba los pulmones de aire fresco. Singulares emociones cruzadas. No quería irse y al mismo tiempo lo deseaba. Sabía que extrañaría a la familia pero ya lo había superado con su hermana mayor. Y hasta aprendió a convivir con la ausencia permanente de su padre, que tanto dolor le había causado. En ese momento formaba parte de la cotidianidad como lo sería su nueva vida alejada de Stratford, el pequeño pueblo que la había visto crecer, al sur de Birmingham.

## Capítulo 1

Bajó del tren en la estación Oxford con el corazón comprimido. Era la primera vez que Portia Dankworth estaba fuera de casa por tiempo indefinido.

A sus diecinueve años se enfrentaba al mundo, sola. Respiró hondo el aire helado y caminó con firmeza por el andén.

Un brazo largo dentro de un sobretodo negro la saludaba a lo lejos; era el señor Vaughan. Apenas lo recordaba del funeral de su padre. Había estado ensimismada durante todo el día y poca atención había prestado a las personas que se acercaban a darle el pésame. La muerte de William Dankworth la había destrozado. Él era su estandarte, el espejo en quien mirarse y al que acudía buscando consejo. Sin duda la habría apoyado de conocer a tiempo su verdadera vocación, esa que practicaba cuando nadie la veía y que su hermana Miranda descubrió de manera fortuita pocos meses atrás. Los ojos se le empañaron y trató de disimular su turbación cuando Cadell Vaughan se le acercó sonriente.

—Querida Portia, ¡bienvenida! Mi esposa se disculpa por no haberme acompañado a recibirte, se recupera de un resfriado y este clima no le hubiera sentado bien.

—Buenas tardes, señor Vaughan. No se preocupe, es por completo razonable.

—Nos espera con un rico chocolate y estará feliz de recibir noticias de tu madre.

Caminaron hacia la calle. A pocos metros se hallaba el cochero, que tomó el equipaje de Portia y los condujo hacia la berlina. Colocó el bulto en el maletero exterior, les abrió la puerta del vehículo y dio el aviso de que en pocos minutos estarían en la casa.

Los Vaughan eran una familia acomodada de origen galés. Cadell se desempeñaba como profesor en la universidad y había sido un gran amigo de William desde la época de estudiantes. La vida los había llevado por caminos diferentes, eligiendo el primero el mundo académico en contraposición al padre de Portia, que optó por ejercer la profesión de médico y una actividad tranquila en el campo.

La conversación entre el hombre y la joven surgió espontánea dentro del coche.

—Elin y yo estamos muy felices de recibirte en casa.

—Y yo muy honrada de que me acepten —afirmó Portia con actitud optimista.

—La casa nos ha quedado grande desde que Thomas y Charles se fueron. Además, a mi esposa le gustará tener compañía femenina. Sé que en sus fueros íntimos siempre quiso tener una hija —le confesó él.

Portia se sonrojó y bajó la vista.

—No te apenes, no tiene nada de malo desear una niña en la casa. Y la comprendo. Ya me ha insinuado que te mirará. Está empecinada con que las comidas corran por nuestra cuenta y no queremos contradecir los deseos de Elin, ¿verdad? —Le guiñó un ojo y continuó—: A veces puede volverse muy terca.

—Se lo agradezco señor Vaughan.

—Por favor, dime Cadell. Ahora que compartirás tiempo con nosotros deberemos suprimir algunas formalidades. Como verás, yo ya lo he hecho.

—Por supuesto. Respecto al pago de la renta del cuarto, yo...

—No debes preocuparte por eso —la interrumpió—. El cobro por la habitación que ocuparás es una mera formalidad para acatar las reglas sociales, pues no estaría bien visto que alojáramos a una joven que no es de la familia así, sin más. No es que necesitemos el dinero.

—Lo sé, pero deseo cumplir con esa responsabilidad. Por eso quería decirle que podré abonarles después de que reciba mi primera paga en la biblioteca.

—Desde ya, querida. Ni siquiera tienes que hacerlo tan pronto. Hazlo cuando sientas que tus finanzas se han acomodado.

—Muchas gracias, señor Vaug..., quiero decir, Cadell.

El hombre sonrió y dio una palmada gentil en la mano de Portia.

\* \* \*

La señora Vaughan la recibió con los brazos abiertos, abrazándola con sincero afecto. Era una hermosa mujer, bien constituida, de unos cincuenta años de edad. Su cabello castaño mostraba algunos mechones grisáceos que llevaba con elegancia. Las pequeñas líneas de su rostro se acentuaban al reír, pero la gentileza de sus gestos la embellecían aún más y sus ojos grises brillaban al hablar. Componía un interesante contraste con su esposo, longilíneo, de poco cabello, barba casi blanca y ojos azules escondidos tras sus gafas. Aunque tenían algo en común: ambos destilaban sobria elegancia.

Antes de enseñarle su habitación, Elin le hizo un pequeño recorrido por la casa, mostrándole cada rincón y asegurándole que podría disponer de los espacios tanto como deseara. Ningún cuarto le estaba vedado.

Portia quedó impresionada con la biblioteca de los Vaughan y ya había decidido que allí pasaría sus ratos libres. En su casa de Stratford poseían una nutrida biblioteca, pues su padre había sido un aficionado a la lectura y ella había

aprovechado al máximo esa inclinación; no obstante, la del señor Vaughan era fastuosa. Tres de las cuatro paredes del estudio estaban cubiertas de ejemplares y vaya uno a saber qué tesoros ocultos hallaría entre ellos. Si bien trabajaría en la Biblioteca Bodleiana y allí encontraría los más exquisitos libros, no estaba segura de que si por ser empleada se le daría derecho a sacarlos en préstamo. En cambio, en esa casa, los tendría todos a su disposición.

El cuarto de Portia era pequeño pero acogedor. La señora Vaughan se había esmerado para que fuera de su gusto. El bello cubrecama de raso verde claro era mucho más de lo que podía pedir. Un coqueto mueble hacía las veces de escritorio y tocador, con un espejo ovalado y un florero que adivinaba, había colocado Elin especialmente para llenarlo de flores cuando iniciara la primavera. La lámpara de la habitación era mucho más grande que la propia de su casa materna y podría colocarla tanto en la mesa de noche como en el secreter. Sin duda, su anfitriona había averiguado la afición a los libros que poseía y le había procurado un bienestar para una vista trasnochada de lecturas.

## Capítulo 2

El primer día en casa de los Vaughan se levantó temprano. Era su único día libre antes de presentarse en la biblioteca de la Universidad de Oxford para su nuevo empleo. Decidió agasajar al matrimonio horneando las galletitas que solía cocinar para sus hermanas. Por suerte, la cocinera tenía los ingredientes adecuados y la ayudó a seleccionar los utensilios. Se sintió bien recibida por la mujer cuando esta le comentó que ese era un hermoso gesto para con los señores.

En una hora, las delicias estaban listas. La sorpresa de Cadell y Elin fue grande. Se sintieron muy honrados con aquella actitud. Le expresaron que sin duda había sido una gran decisión que estuviera en la casa y que harían lo imposible para que se encontrara a gusto.

Luego del desayuno compartido, resolvió salir a recorrer las calles de la ciudad que la acogía. Estaba feliz de que el trabajo que le consiguiera su madre fuera en Oxford y no en la bulliciosa Londres, donde trabajaba su hermana mayor. Se sentía más a gusto en una sociedad donde estudiantes y profesores pululaban por doquier y el mundo académico lo era casi todo. ¡Cómo le gustaría poder asistir a las clases que allí se dictaban! Sentía envidia de sus pares masculinos que, a su misma edad y si las habilidades intelectuales eran las adecuadas, tenían grandes posibilidades

de acceder a los claustros. Pero ella no. Era mujer y ese ámbito le estaba vedado. ¡Qué injusticia!

Abrigada hasta la nariz, salió rumbo al centro, a solo diez minutos de la casona de la familia Vaughan. Muy poca gente transitaba las calles en ese frío domingo de enero. Con los negocios cerrados, no había mucho para hacer. Pero Portia disfrutaba de esa soledad que la habitaba y la hacía sentir libre. Para otras chicas de su edad hubiera sido una tragedia tener que abandonar el hogar para irse lejos a trabajar. Pero no para ella. Lo sentía como una oportunidad. Rodeada de libros y de gente culta, con un empleo soñado, podría dar rienda suelta a esa vocación que crecía en su interior y la desbordaba. Escribir se había transformado en un anhelo que le quemaba el pecho. Mientras vivía en Stratford había sido una actividad ocultada a su familia y que solo Miranda conocía. La había descubierto una noche de tormenta, casi un año atrás, cuando un rayo cayó cerca de la casa y del susto tiró la lámpara que iluminaba su escritorio en el cuarto que compartía con ella. El alboroto despertó a su hermana, que saltó de la cama para ver qué había sucedido. Encontró a Portia golpeando sus papeles con una manta justo antes de ocasionar un incendio. Miranda prometió no decir nada de esa práctica nocturna que había descubierto y así se había mantenido hasta el presente, un secreto entre ambas.

El recorrido le dio apetito, había caminado bastante en su afán por realizar un reconocimiento completo del lugar. Decidió emprender el regreso y al aproximarse a la casa de los Vaughan, vio un hombre salir, subirse a un coche y alejarse.

Cuando entró, había un pequeño revuelo y voces aquí y allá. Observó a Elin caminar a prisa hacia la biblioteca y al verla en el pasillo, la mujer le indicó que se acercase.

Ingresaron juntas al salón donde Cadell se encontraba agachado sobre una gran caja y exhalaba expresiones de júbilo. Al verlas, exclamó:

—¡Por fin han llegado!

—Supongo que no te refieres a nosotras, querido —respondió Elin riendo.

—¡Lo siento! Es que estoy muy emocionado. Esperaba esta caja hace tiempo. —Se levantó y sacudiéndose las manos agregó—: ¿Le has pedido a Henrietta que venga con los elementos de aseo?

—Sí, Cadell, ella estará aquí enseguida.

El ama de llaves entró unos minutos después con lo solicitado y comenzó a ayudar al señor Vaughan, quien solo permitía que fuera Henrietta su ayudante en esa actividad.

—Ven, Portia, acércate a ver estas bellezas.

Portia hizo caso. Observó con atención el procedimiento meticuloso de cada uno para con los libros contenidos en la caja. La mujer los frotaba con un trapo seco en todos sus lados: cubiertas y bordes. Él, con un retazo de seda y una especie de pomada blanca, tomaba el ejemplar dejado por Henrietta y lustraba el lomo y las tapas de cuero. Luego, lo dejaba sobre el escritorio.

Una vez finalizada la tarea, el ama de llaves se fue con la caja vacía y los implementos de limpieza y Cadell se sentó victorioso en el sillón. Su mujer lo miraba divertida.

—Portia, acabas de presenciar la tarea que más felicidad le produce a mi esposo, aún más que la posterior lectura de los libros. —Y se retiró a dar las órdenes para el almuerzo.

El rostro del señor Vaughan había rejuvenecido. Se le notaba radiante.

—Tuve la gran suerte de que el señor Macmillan pudiera pasar por aquí hoy, a pesar de que es domingo.

—¿El señor Macmillan? —preguntó Portia.

—Mi proveedor de libros —aclaró—. También es quien trae las novedades a las librerías de la ciudad, pero conmigo tiene un trato preferencial y hemos llegado a un acuerdo provechoso para ambos. Es un hombre muy joven y entiende que a veces se pueden hacer estas excepciones. Yo